

la fuente y fecha en la que se publicaron por primera vez. Detalle que puede parecer innecesario, pero que a la hora de fijar el contexto en el que cada ensayo o artículo se gestó, realmente cuenta y pesa, más aún tratándose de ejercicios de crítica y análisis literario.

Palabra en el tiempo, título bastante subjetivo, no es una recopilación más de textos de un autor que en la narrativa y la crítica ecuatorianas tiene toda una trayectoria y es un referente; creo que se trata de uno de los libros de crítica literaria y cultural que nos permiten poner en claro no solo un pasado, sino un presente que nos sucede y que en ese vértigo nos va planteando una serie de preguntas cuyas respuestas a veces se toman su tiempo (pues las palabras tienen su hora, parece recordarnos el autor) para llegar, pero cuando estas se dan sin duda que terminan (su solvencia y lucidez así lo demuestran) no solo por ser oportunas sino reveladoras.

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR

GALO GALARZA

El turno de Anacle,

Casa del Poeta Ali Chumacero,
México, 2010, 77 pp., 2a. ed.

Duele pensar que hace tan poco, hace apenas cuarenta años, la idea de la unidad latinoamericana era una utopía brillantísima. Ante la soberbia de los países del primer mundo, ante la evidencia de nuestro atraso y nuestras dificultades, se podía colocar el objetivo: la gran aspiración de identificarnos y unimos.

Ahora, como sabemos, ya no es así: nos tocó estar en el lado equivocado de la globalización de fines del siglo XX y reaccionamos cediendo: dejándonos encandilar con la nueva versión de las mismas promesas que se nos han hecho desde el siglo XVI. Por espejos y cuentas sacrificamos todo y nos quedamos, como siempre, con espejos y cuentas; actualmente los países de América Latina están aislados, atomizados, aprendiendo más de la ‘monocultura global’ que de su herencia cultural y la de sus vecinos. Hay intelectuales que defienden, incluso, la “desaparición” de Latinoamérica como concepto.

¿Hay solución? Sí. Es ardua pero simple. Más aún, se ha visto y se declara desde hace mucho: buscarnos y volvemos a encontrar. No hacer caso de los compartimientos, los segmentos, las etiquetas que supuestamente son para nosotros. Más cerca de lo que nos tiene aquí, por ejemplo, saltarnos las trabas impuestas por las grandes editoriales españolas y leer a los autores latinoamericanos que no necesariamente llegan a Planeta, Mondadori o Anagrama.

Que casi nadie termine de llevar esto, que es tan simple, a la práctica, puede achacarse a la desidia, la incapacidad o

el mero desinterés, pero sobre todo es otra señal de lo profundo de nuestro problema y nuestro aislamiento. No importa: de todas formas sigue siendo necesario el intentarlo y el elogiar a quien lo intenta.

Más cerca de lo que nos tiene aquí, por ejemplo, hace falta elogiar la publicación de *El turno de Anacle* de Galo Galarza, emprendida por Casas de Cultura.

Y ahora hay que hacer una advertencia. Ya considerado el valor cultural de esta publicación: la posibilidad que nos da de asomarnos a un fragmento de la realidad latinoamericana que de otra manera no veríamos, al pensamiento de un escritor que de otra manera no conoceríamos, este no es un documento sociológico ni un *souvenir* para turistas. Este es un libro de cuentos, ni más ni menos, que participa de la gran tradición del cuento de Occidente y no necesita ninguna deferencia. Sus historias, como mandan los cánones y como logran los mejores escritores, se sostienen solas. Son, sobre todo, atisbos de la relación particular de un individuo con el mundo, presentados ante nosotros para que encontremos en ellos nuestras propias visiones: nuestros propios enfrentamientos con la realidad de afuera y con el interior, con nuestras posibilidades y contradicciones humanas.

Las historias de Galo Galarza nos muestran a personajes diversos, y numerosos, enzarzados en conflictos y dificultades que a primera vista parecen muy pequeños: algunos sufren a causa de quienes los rodean, otros se enfrentan con el poder que los influye desde más cerca, unos cuantos se ven forzados a decidir su destino o *ven* cómo otros lo deciden por ellos. En la primera parte del libro, todo se resuelve sin grandes cambios en las situaciones planteadas: la *vida* sigue para la mayoría de los

personajes a pesar de la frustración o el error, y solo al comenzar la sección “De resurrecciones, héroes y milagros” nos encontramos con la aparición de lo extraño, lo grotesco o lo fantástico de manera evidente. La clave de estos textos es siempre la mirada sobre la realidad.

Dicho lo anterior, ninguno de estos cuentos puede verse como una crónica disfrazada o una anécdota seleccionada por su *valor* periodístico. Al contrario, en todas ellas importa sobre todo la ficción, la labor de recrear la realidad destilándola y alejándose de la repetición literal. Galo Galarza no solo elige, como cualquier narrador, el momento de la revelación, el instante en que el carácter de un personaje, de un lugar, de un grupo, se revela más cabalmente; además, sus historias cambian su forma –su estructura– para mejor reflejar esa revelación. La construcción sosegada, lenta y a la vez perturbadora de “El otro Peñafiel” tiene poco que ver con la contundencia de “Agonía” o con la atmósfera intimista, inquieta de “La visita del tío Pedro”, por mencionar tres de los cuentos que más llamaron mi atención... y, al mismo tiempo, el estilo: el movimiento de las frases y del vocabulario, es inconfundiblemente el mismo. Esto es inusitado en los libros de cuentos latinoamericanos, que todavía hoy siguen, en su mayoría, las costumbres del siglo XIX y son más bien reuniones de textos dispersos y creados sin la idea de que algún día iban a estar juntos. Al contrario, *El turno de Anacle* parece invitarnos, en su multiplicidad, no solo a disfrutar cada una de sus historias sino a entrever los ecos que hay de cada una en todas las otras: ese otro aspecto de la mirada y el pensamiento del autor que las creó y las reúne.

Este modo de manifestar la propia visión tiene antecedentes. Edgar Allan Poe pedía, a la vez repitiendo y reformando una larga tradición de autores que llega hasta Aristóteles, que las historias fuesen el reflejo cabal de su propio creador: que se refirieran a lo real pero que le agregaran, para dar sentido a su existencia como obras de arte, la contemplación subjetiva, el paso del universo entero a través del “velo del alma” del creador individual. Lo que cuenta, por supuesto, es qué tanto podemos ver de esa alma, de esa conciencia a la hora de que se enfrenta con las palabras. Pero en este sentido *El turno de Anacle* es un triunfo: Galo Galarza se nos muestra clarísimamente en estas páginas y nos invita a leerlo.

ALBERTO CHIMAL
MÉXICO, 2010

YANKO MOLINA,
Objetos frágiles
Quito, Paradiso, 2010, 83 pp.

El trabajo del escritor es incesante, nunca concluye. A la perfección la sentimos siempre lejana, distante. Cuando acabamos de escribir sobre la página la sensación de que algo falta es permanente, nos parece que somos torpes, titubeantes, que no decimos suficiente o que decimos demasiado. Pero es de esta insatisfacción permanente de donde surge la buena literatura. Y de eso hablamos cuando leemos el libro *Objetos frágiles* de Yanko Molina Rueda, que hace poco salió con el sello de Editorial Paradiso.

Los seis cuentos que lo conforman demuestran un trabajo minucioso, meditado, ajeno al apresuramiento de cierta literatura contemporánea que se deja contagiar por la velocidad y frenesí de los tiempos que vivimos, sin darse cuenta –o simplemente lo ignoran– que la literatura debe ser el freno de ese desbocamiento, ya que es ella la que debe medir y meditar los actos humanos, el narrar literario no es una mera y llana descripción de acontecimientos o hechos, sino que, además, implica su reflexión. Es como si en vez de tomar el camino difícil y lleno de obstáculos pero de encantador paisaje, nos dejamos tentar por la carretera asfaltada rodeada de terreno yermo, y una vez dentro del carril rápido de la autopista perdemos la lenta visión de la cosas, que es la visión del artista, y nos acercamos más bien a la fugaz mirada del periodista o el cronista.

La detención de la que hablo la logra Molina con un adecuado manejo de la prosa, el cuidado y la precisión de esta le permiten conseguir un ritmo pro-